



tiempos de rock&roll

crónica

## NICK CAVE

cuatro conciertos a juicio

retrospectiva

## CHEAP TRICK

all american crazy boys

entrevista

## THE HIVES

siguen hacia arriba

informe

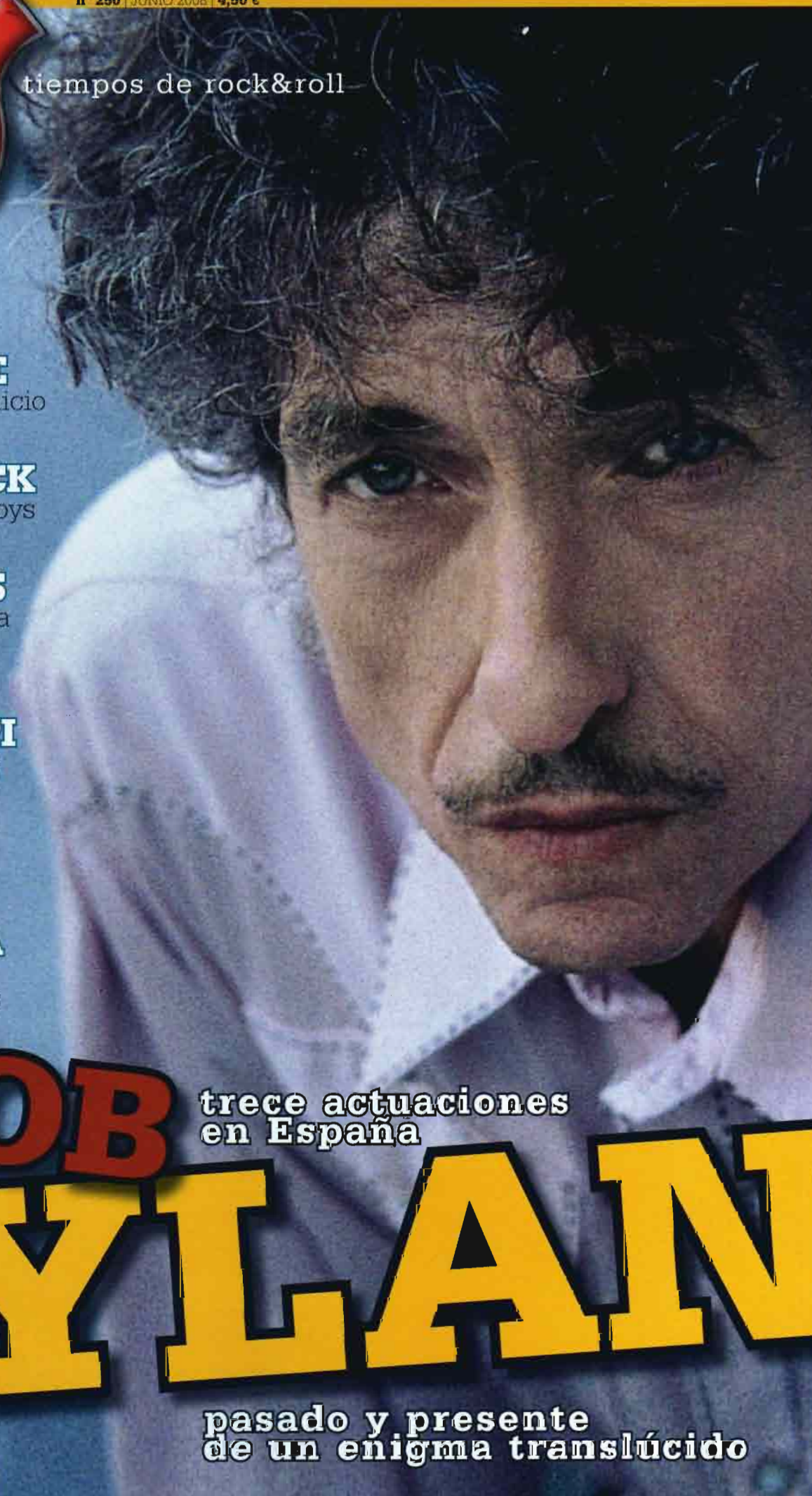
## NORTH MISSISSIPPI ALLSTARS

el futuro de un blues regional

arqueología

## VERSION ESPAÑOLA

ye-yés ibéricos versionan a guiris



# BOB

trece actuaciones en España

# DYLAN

pasado y presente de un enigma translúcido



# Bob Dylan

## PRISIONERO EN UN MUNDO DE MISTERIO

**Dinamitó la purista escena folk, otorgó validez artística al pop, transformó el rock'n'roll en Rock, impuso su personal tono vocal, hizo literatura desde las listas de éxitos... pocas figuras del S.XX tienen su estatura. Este mes vuelve a visitarnos en su gira más extensa.**



Mezcla de niño prodigio y artista ambicioso, Dylan llegó a Nueva York en 1961 y galvanizó la escena folk



Recuperado como egregia figura cultural, Dylan ha ganado un Oscar y el Príncipe de Asturias que no recogió

**L**a otra noche soñé con Dylan, lo juro. Y ni siquiera se había planteado este artículo. Estábamos tal vez en una fiesta, o muy posiblemente un bar, y se acercaba la hora de cierre. En la indefinida hiperrealidad onírica creo recordar a amigos y conocidos; estaban Lola y Jaime, creo, quizá estuvieses tú también. Pero era yo el sentado a una apartada mesa con Dylan, los demás festejaban a lo lejos, ignorantes de su presencia. En la absurda lógica de los sueños, Dylan me ofrecía un bol de macedonia del que ambos picábamos jugosos trozos de fruta. Yo llamaba a los que pasaban cerca para ofrecerles refrigerio en la esperanza de que se apercibiesen de quien estaba entre sombras, no iba a anunciarlo a viva voz para que se rompiese el hechizo. Y, sin embargo, "el más importante norteamericano vivo" se comportaba con total normalidad. Un tipo envejecido pero avisado, amable y próximo, tan desconcertantemente

humano como cualquiera. Al despertar, me embargó la entusiasta convicción de que así era Dylan. Mi Dylan, claro, sin apenas rastro del cantautor de excesiva verbosidad, del artista a veces bajo mínimos, del manipulador y el cínico, del enjuto, taimado bufón.

Como la película *I'm Not There* ha desvelado tan originalmente, Robert Zimmerman es uno —y sólo él debe trajar con ese peso—, pero las proyecciones de su figura en el ámbito cultural e íntimo son muchas y tan numerosas como oyentes. De la suma de todas ellas surge el espejismo, esa babélica criatura de la que Zimmerman ha pretendido escaquearse siempre, pues además de poeta es un tipo listo. Como postulaba Gilles Deleuze, resulta extraño y equívoco hablar en tu propio nombre, pues no todo surge del ego, muy al contrario, "los individuos encuentran su propia voz sólo a través de la más severa despersonalización, abriéndose

## Atrapados en la telaraña de la tarántula

Déjenme que primero me defienda. Porque enfrentarse a un quién-es-quién, un análisis del compendio de personajes que se esconden en la amplia discografía de maese Dylan en tan poco espacio no puede sino traerme problemas. O bien sufriré un considerable dolor de cabeza, me volveré directamente loco o puede que me gane algún bonito calificativo de algún lector acompañado de un "te has dejado a...". A pesar de eso decido atarme los machos y tirarme de cabeza no sea que apure todo el artículo en justificaciones. Es evidente que vamos a dejarnos personajes. Y es que el universo escondido tras el cancionero del bardo de Hibbing es tan amplio que ha dado pie a una



Bruce Langhorne, primero a la izquierda, y retrato del joven Dylan



buena pila de libros que me asustan a la derecha del teclado de mi ordenador. Por ello, y aunque la elección no es fácil, voy a intentar destacar a algunas de las figuras que se pasean por esas canciones dejando que el lector interesado se adentre a su gusto en la búsqueda de mayor detalle. Empezaremos por «Mr. Tambourine Man». Nadie duda de que el señor de la pandereta al que le habla Bob desde *Bringing It All Back Home* es Bruce Langhorne, reputado folksinger del Greenwich Village que acompañaba sus actuaciones con una gigantesca pandereta turca anudada en muchas ocasiones a sus pies. Radicalmente opuesto sería otro personaje clave de la mitología dylaniana. Me estoy refiriendo al Mr. Jones de «Ballad of a Thin Man» incluida en *Highway 61 Revisited*. Parece claro que el pobre "acusado" por el dedo del judío errante de no saber nada es el recientemente fallecido profesor del instituto de tecnología de Rochester, Jeffrey Owens Jones, que entrevistó a Dylan durante el festival de Newport de 1965. Curiosamente, en declaraciones a la revista *Rolling Stone*, Jones reconoció que a pesar de no gustarle sentirse ridiculizado "algo estaba pasando alrededor de Dylan y yo no sabía muy bien que era". Justo en el clavo, Bobby. En el mismo disco está la inmensa «Like a Rolling Stone», analizada en infinidad de bibliografías, artículos y webgrafías. A pesar de no quedar tan claro como en los casos anteriores, son muchos expertos los que aseguran que el "diplomático" de la canción es el mismísimo Andy Warhol y la protagonista de la misma Edith Minturn, "Edie" Sedgwick. Parece que Sedgwick también "pilló" en «Just Like a Woman» y «Leopard-Skin Pill-Box Hat», entre otras. Patti Smith asegura, en un poema dedicado a la desaparecida modelo, que ella fue la gran heroína que inspiró *Blonde On Blonde*. Aunque parece claro que la «Sad Eyed Lady of the Lowlands» incluida en una cara de este álbum no es otra que Sara Lowndes. O lo que es lo mismo. La mujer que estuvo casada con Dylan entre 1965 y 1977. Y es que Sara es la mujer a la que más y mejor ha escrito Dylan (si exceptuamos el «Girl from the North Country» dedicado a su primera novia, Suze Rotolo). La señora Dylan ha sido protagonista, tanto en positivo como en negativo, de canciones como «Abandoned Love», «I'll Be Your Baby Tonight», «If Not For You», «To Be Alone With You», «Wedding Song», la evidente «Sara» y un largo etcétera. Y hasta aquí hemos llegado no sin recomendar la inmersión en las canciones del reciente premio Pulitzer para descubrir que Jokerman es el bromista —una carta del tarot—, lo duras que son las historias de Rubin "Hurricane" Carter o Hattie Carroll y quienes eran Joey, Silvio o Sally Sue Brown... Por citar sólo algunos de cientos... **EDUARDO IZQUIERDO** ←

a las multiplicidades que abundan en su interior, a las intensidades que les recorren, pensando en términos extraños, inusualmente fluidos". Ahí yo veo claramente expuestos a Dylan y sus reflejos públicos.

Él, por supuesto, sigue impertérrito, nuevamente atendido por una audiencia mayor que la de esa tropa de estudiosos obsesivos, los inagotables "dylanitas", que tanto han contribuido a estirar el mito hasta que sus infinitas divagaciones, incapaces de atenerse a la realidad, han chocado entre ellas creando un tumultuoso oxímoron. Este renacimiento se inició hace ya una década con *Time Out of Mind*

envalentonados hemos comparado a sacrosanta tríada de mediados de sesenta, esa que transformó el Rock ¿a mejor?, ¿a peor?: hay disensión el conclave rutero— tanto o más *Sgt. Pepper's: Bringin' It All Back Home* (1965), *Highway 61 Revisited* (1965) y mercurial *Blonde On Blonde* (1966). proximidad en el tiempo, y su rotunda excelencia, convierten a *Modern Times* materia testimonial: aquí se concilian reverberante pasión de vivir de *Love and Theft* y la crepuscular gravedad de *Time of Mind*. Es un resurgimiento al que no ajena la publicación de la primera entrega de sus memorias, *Chronicles Volume*

La etapa posterior a su accidente de moto, cuando se recluyó a inventar el "americana" con John Wesley Harding



(1997), pasmoso reconocimiento de la propia mortalidad entre efluvios del más auténtico blues, el que se expresa desde lo personal, no desde los arquetipos. La unánime respuesta al retorno de un Dylan que tras veinte años bajo sospecha parecía tener nuevamente cosas que decir, refrendó *Love and Theft* (2001), efusiva y a veces ensimismada colección de esquemas retro fundiendo a Bing Crosby con rockabilly, a Charlie Patton con swing, en canciones que ponían al día los trabalenguas que le encumbraron como letrista de su generación (y algunas posteriores).

*Modern Times* (2006) cierra esta supuesta trilogía que algunos

(2004), inefables por inesperadamodestas, genuinamente literarias por su transparencia.

Releyéndolas mientras cruje el cvinilo de *Modern Times* —no es purde audiófilo, sólo reconocimiento del analógica de esta música—, relocaliza: al creador que en *Time Out of Mind* adentraba en la tercera edad azc por luctuosos presentimientos y arde de entrepierna. Al final de aquel á producido por Daniel Lanois posteriores los produciría Jack Frost, él mismo—, la inabarcable «Highland» otro extenso sueño dylaniano, insis: abrazar la futilidad: "No quiero na nadie, tampoco hay mucho que ó / No sabría distinguir a una rub

## Los conciertos están cambiando mi vida

Mucho se ha hablado, y se habla, del tour eterno que Bob lleva dos décadas protagonizando. Inusual incluso en alguien tan poco previsible como él, esta gira sin fin tiene un punto de partida claro: el club Front, situado en San Rafael, California. El propio Dylan señala el encuentro que transformó su carrera en *Crónicas Volume 1* cuando describe el estado de apatía en el que se encontraba, embarcado en una serie de conciertos junto a Petty y sus Heartbreakers que le transmitían la sensación de ser un invitado de segunda, consciente de que Tom era la atracción principal para la inmensa mayoría de los compradores de tickets. Era incapaz de encontrar motivación en un cancionero que no significaba casi nada para él, al que no podía insuflar nuevos bríos, nueva vida. Narra en sus memorias cómo aprovechó unas fechas libres para, aconsejado por el organizador de sus conciertos, contactar con Grateful Dead. García, Weir y compañía (declarados seguidores de su música, valgan como ejemplo dos referencias de



Dylan y los Muertos, el inicio de un Neverending Tour que sigue en marcha

su inabarcable discografía, *Postcards of the Hanging: The Grateful Dead Perform the Songs of Bob Dylan y Garcia Plays Dylan*) iban a ser su nueva banda, únicamente para seis conciertos a realizarse entre el 4 y el 26 de julio de 1987. Rompiendo la rutinaria costumbre de interpretar prácticamente siempre las mismas piezas, forzado por el método de trabajo de los Dead (consistente en preparar un gigantesco listado de canciones y variar el set list noche tras noche) y, quizás, por un oculto instinto de supervivencia, Bob transigió (tras un reencuentro con sus orígenes



apoyado en la barra de un pequeño club de jazz) y ensayó junto a ellos sesenta temas (algunos tan sorprendentes como el «I'm Free» de los Stones o «They Killed Him», de Kris Kristofferson, otras obras maestras de su cosecha). Lo ocurrido en escena queda

inmortalizado en uno de sus discos más atípicos, *Dylan & The Dead* (1988), álbum que muestra a las claras que la mutua admiración no siempre supone que la química funcione. Envuelto en una psicodélica portada realizada por Riff Griffin y producido por Jerry García y John Cutler, adolece de una falta de conexión real entre cantante principal y banda. Carentes de ensayo, anárquicos intérpretes los californianos y en horas bajas Zimmerman, recuperaron canciones que llevaban años durmiendo el sueño de los justos (con atención especial hacia las que dieron forma a *Slow Train Coming*) y sólo mantuvieron: «All Along the Watchtower» como tema fijo. En este caso, como suele suceder cuando se trata de asuntos relacionados con los Dead, lo más recomendable es conseguir alguna de las numerosas grabaciones no oficiales que hay en circulación, registros que gracias a su mayor duración permiten que esta extraña alianza cuaje de forma más satisfactoria. La semilla de *Oh Mercy* (tras superar *Down in the Groove*) y de una gira que va a acercarle a puntos de nuestra geografía tan poco habituados a recibir eventos de esta categoría como Ávila, Cuenca o Mérida estaba plantada. Quizás, como apunta sardónicamente Dylan, los amigos de Ken Kesey y los Merry Pranksters le echaron algo en la bebida...  
ALFRED CRESPO ←

una teñida / Me siento prisionero en un mundo de misterio".

Pese a su cimbreante panorámica de las raíces del rock y renovado aliento vitalista, *Love and Theft* insistía por momentos en ese palpito nihilista. "A cada paso que damos pisamos la raya", canta en «Mississippi». "Tus días están contados, y también los míos / El tiempo se acumula, luchamos y sufrimos / Estamos acorralados, no hay vía de escape". Y, al cierre, en «Sugar Baby», observaba encogido de hombros lo efímero de todas las cosas: "Cada instante de la vida parece una pequeña estafa / La felicidad llega de golpe y desaparece igual de rápido".

*Modern Times*, donde los caprichos



**"Modern Times comparte esa perspectiva rebotante de recuerdos, consciente de que el tiempo se agota, sabedora de que lo importante no es seguir vivo, sino saber que se ha vivido"**

retro del maestro están mejor integrados en el discurso general, comparte esa perspectiva rebotante de recuerdos, consciente de que el tiempo se agota, sabedora de que lo importante no es seguir vivo, sino saber que se ha vivido. En la abismal «When The Deal Goes Down», por ejemplo: "El mañana sigue

volviendo / Vivimos y morimos, sin saber porqué / Estaré contigo cuando llegue el momento". Pero representa asimismo un retorno del Dylan mordedor, que escupe su desprecio por la nueva derecha sin dar nombres ("Maldigo vuestra avaricia, maldigo vuestros maléficis planes / Os diré algo, me importan una mierda

## Breve guía para el viajero dylanita

Ya no extraña que Bob Dylan nos visite cada par de años, algo que lleva haciendo desde 2004, cuando volvió a girar por España tras un lustro de ausencia. Nada menos que trece noches a lo largo y ancho de la península para presentar por primera vez en estas tierras los temas de *Modern Times*, una gira en la que hay una importante cantidad de dinero público invertida y a la que probablemente le cueste agotar las entradas. Nada de eso importa al expedicionario dylanita que en breve armará el petate y se echará a la carretera para reencontrarse con las canciones y la presencia del maestro. Qué mejor medio de locomoción que un Cadillac Escalade para enfrentarse a las largas horas sobre el asfalto, pues no en vano es el automóvil cuyo spot el propio Dylan ha protagonizado, prestando sus mejores galas y su rasposa voz. Y recuerde, este año, la selección de fútbol a apoyar por el dylanita en la Eurocopa es la portuguesa, que para eso suena la épica «Paths of Glory» en el anuncio protagonizado por Cristiano Ronaldo y los suyos. Además, la banda sonora ideal para amenizar la larga travesía es la proporcionada por el propio Dylan con su programa *Theme Time Radio Hour* que, tras concluir su segunda temporada viento en popa,

promete volver con una tercera en septiembre. A ritmo de blues rural, swing de posguerra y reggae primitivo, la estepa castellana puede llegar a parecer el desierto de Mojave. Hasta el propio Dylan nos da la excusa perfecta ante la parienta: si sus conciertos son tan sagrados como para plantar a la campechana realeza y no recoger el Príncipe de Asturias, qué mejor forma de gastar la paga de verano que persiguiendo a Dylan por todo el país. Y recuerde, por muy tentador que sea echarse una cerveza al gznate para refrescar las horas de cola y espera, la bebida oficial de esta gira es el agua, leit-motiv de la Expo Zaragoza 2008 que ha contado con la (mediocre) regrabación de la obra maestra dylaniana «A Hard Rain's A-Gonna Fall» como principal baluarte publicitario. Una vez se apaguen las luces, tomará el escenario la misma banda que hace dos años. Ya quedan lejos los días en los que monstruos como Larry Campbell o G.E. Smith ejercían de escuderos a las seis cuerdas del de Minnesota, pero en los últimos tiempos Denny Freeman se ha soltado como solista, a pesar de que la presencia de su compañero Stu Kimball sea cada vez más testimonial.



¡Buenas tardes, señorita!, ¿se viene usted a Ávila, Cuenca o Mérida con este su seguro servidor?

Y siempre es un placer volver a disfrutar de la solidez del batería George Recile y el bajista Tony Garnier o del virtuosismo de Donnie Herron, reclutado de las filas de BR549. Una novedad: seguramente, volveremos a ver empuñar una guitarra a Dylan, al menos durante los primeros compases de un concierto vertebrado, cómo no, alrededor de los temas de *Modern Times*. Que nadie espere grandes sorpresas salvo alguna que otra joya perdida aquí y allá (no son

tiempos para grandes experimentos sobre el escenario dylaniano, y menos fuera de su país) ni dúos como las que el año pasado ofreció a sus aficionados americanos —Elvis Costello, Jack White—; o en otras palabras, se nos antoja improbable ver un cara a cara sobre el escenario entre Dylan y Eva Amaral, por mucho que esta haya sido elegida "personalmente" por el primero para grabar su versión de «Hard Rain». Aunque la presencia de Dylan en los medios estos últimos meses haya sido apabullante, su hábitat natural sigue estando sobre las tablas, el lugar donde noche tras noche, más inspirado o menos inspirado, sigue entregando la esencia de su arte. HÉCTOR G. BARNES ←

## Blind Boy Grunt y la música negra

Puede que a priori sea difícil encontrar las influencias del soul en la obra de Bob Dylan. O que éstas sean demasiado evidentes. Pero lo que sí está claro es que haberlas, las hay, y que estas han ido más allá de la obra del artista para pasar también al terreno personal. Porque a Dylan no sólo le ha interesado la música negra sino que también lo han hecho, y mucho, las negras que hacían música. Y es que el avisado cantante debió pillarle el gusto a eso de cepillarse a las coristas de color que le empezaron a acompañar en sus conciertos en los años setenta. Parece que en su lista de conquistas se agrupan nombres como los de Mavis Staples o Etta James. Aunque eso son sólo rumores. Lo que no es un rumor es que Dylan siempre ha mirado de reojo a la música soul. Quizá no en sus inicios, demasiado marcados por una música tan blanca como el folk, pero que, por ejemplo, en las sesiones de las *Basement Tapes* encontremos una versión del «People Get Ready» de los Impressions no puede ser una casualidad. Aunque es mucho más fácil hacer el camino inverso y hablar de las versiones que los grandes del soul han hecho de Dylan, como Stevie Wonder, Aaron Neville o Smokey Robinson, o de su influencia en gente como Sam Cooke, queremos recorrer ese camino en la dirección contraria y demostrar que Dylan bebió y disfrutó del soul como el que más. Quizá no en su mejor época creativa, pero lo hizo.

La evidencia de que Dylan miraba los sonidos tradicionalmente destinados a los negros se produce con la inclusión de un grupo de coristas negras en la mini-gira que desemboca en los dos conciertos grabados en Tokio y que darán lugar a *Bob Dylan At Budokan*. En lo personal, Dylan ya se había dejado querer demasiadas veces por las cantantes que ocasionalmente le acompañaban en los estudios de grabación. Lo que pocos auguraban es que acabaría casándose con una de esas chicas. Y es que si en Budokan sus compañeras de voces son Helena Springs, Jo Ann Harris y Debi Dye, la negativa de esta última a visitar la cama del de Duluth (las otras ya lo habían hecho) pareció ser uno de los motivos para que en su posterior trabajo en estudio fuera sustituida por Carolyn Dennis. *Street Legal* (1978) es el disco soul por excelencia de Dylan. Más presentes que nunca, las voces de Springs, Harris y Dennis se convierten en el núcleo de una grabación excesivamente infravalorada en su momento.

A partir de ahí Dylan se mete de lleno en su período religioso sin abandonar su faceta soul o, más bien dicho, gospel. Buena muestra de ello son canciones como «Saved», «Gotta Serve Somebody» o «When

He Returns». Quizá por ello cuando en 2003 se publica el disco *Gotta Serve Somebody: The Gospel Songs of Bob Dylan*, la mayoría de canciones seleccionadas para ser versionadas corresponden a ese período. Durante esos años de influencia espiritual y gospel de Dylan, las coristas van pasando pero sólo una de ellas se mantiene. Lo que prácticamente nadie sabía es que Carolyn Dennis era algo más que una compañera esporádica de cama de Dylan. Era su pareja secreta y acabarían casándose en 1986 tras tener una hija juntos, Desiree Gabrielle. Dennis había sido una de las Raelettes de Ray Charles y

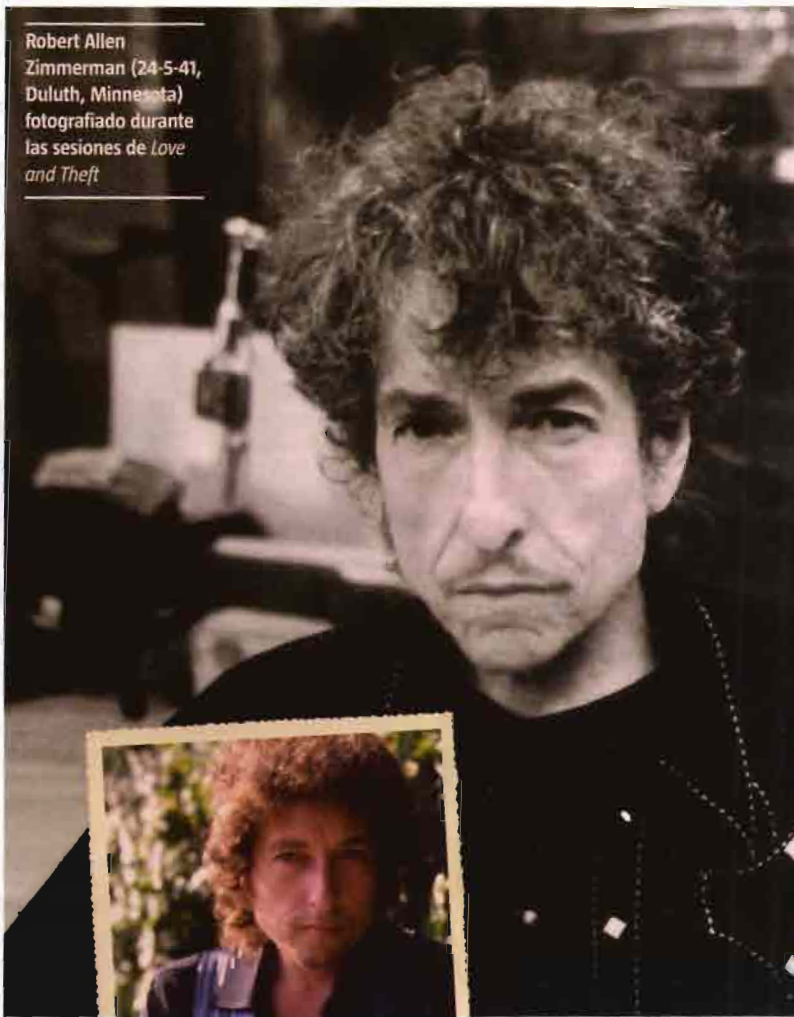
En los estudios Muscle Shoals, febrero de 1980, y en la carretera con sus «negritas»



es vital para entender la conversión de Dylan al catolicismo y la influencia de la música soul en él. Aparece en casi todos los discos del profeta desde 1978 hasta 1987, año en que decide retirarse. Finalmente se separan en 1992 mientras Dennis asegura que no sabe realmente cuantos de sus tres hijos son de Bob y éste opta por el silencio.

Curiosamente ese es justo el año en el que parece que el soul desaparece como influencia de la música de Dylan hasta ser retomado en algunas canciones de sus tres últimos trabajos. Una lástima por lo interesante que podría haber sido y una duda: ¿también habrá caído Alicia Keys? La respuesta, amigo, está soplando en el viento... **EDUARDO IZQUIERDO** ←

Robert Allen Zimmerman (24-5-41, Duluth, Minnesota) fotografiado durante las sesiones de *Love and Theft*



El Dylan de finales de los setenta, época de baja credibilidad artística e inesperada conversión al cristianismo

vuestros sueños”), enunciando con claridad su postura en esa bisneta sónica de «Like a Rolling Stone» que es la flamante «Workingman’s Blues #2»: “El poder adquisitivo del proletariado desciende / El dinero se ha vuelto débil y vacío / Dicen que los sueldos bajos son una realidad / Si queremos competir en el extranjero”.

Desvela asimismo *Modern Times* que el rijo sesentón sigue cachondo. Ya en el primer tema, «Thunder in the Mountain», el mismo en que suspira por Alicia Keys, suelta: “Mamá la leche de un millar de vacas / Yo tengo la costilla de cerdo, ella tiene la tarta / No es ningún ángel, ni yo tampoco”. Y no sólo recuperamos al mujeriego incurable, sino al amante vengativo que afila su desdén. Como en «Rollin’ and Tumblin’», donde reconoce que, ay, “uno de esos holgazanes pendones jóvenes me tiene hechizado”. Confesiones de amor eterno en un tema y, al siguiente, desayunos entre promiscuas sábanas.

Son los sarcásticos “tiempos modernos” del título —en contraposición al “tiempo inmemorial” del inicio de la trilogía— los que definen este nuevo paseo por ese perenne decorado suyo de la América mítica implicándose en la real —la del pueblo, no la de las élites—, hoy una América

nueva y extraña incluso para su príncipe trovador: espiritualmente yerma, atrapada por la recesión, sumida en otra guerra que no podrá ganar, secuestrada por la malformación catódica del sueño americano que allana culturas locales y sólo accede al individuo como consumidor. El run de esta debacle parece apenas anestesiado por una canción tan inmensa como «No More Lies» de Moore, Dylan estremeciendo tantos si después.

En esta época nuestra de la superinformación y la “gira-de-nunca-acaba” el enigma dylaniano se me arrebata transparente, como en mi sueño. Ahora presta a anunciar ropa interior femenina de categoría, sus lamentaciones sobre el estado (digital) de la música son acogidas con media sonrisa, se le acusa de plagio y los versos del poeta confederado Henry Timmerman no le otorgan el Nobel... pero le ha caído el Pulitzer, y sus actuaciones —irregularmente admirablemente fijadas en el presente— son percibidas entre la genuina excitación y la adoración mítica. Así las cosas, la sola pregunta interrogante que todavía hace danzar “dylanitas”, se adivina tan intrigante y toda contradicción: el enigma de Dylan es que no existe tal enigma. Pasar de Macedonia a Bob. 🐾